

## RECORDACIÓN DE JULIA V. IRIBARNE

POR DR. ROBERTO J. WALTON

La Dra. Julia Valentina Iribarne, fallecida el 9 de marzo de 2014, había nacido el 29 de noviembre de 1929. Realizó sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, donde se graduó de Licenciada en Filosofía en 1975 y de Doctora en Filosofía en 1988. Ejerció su actividad docente en la Universidad de Buenos Aires tanto en la Facultad de Filosofía y Letras como en la Facultad de Psicología, en la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, y en las Universidades de Belgrano, Morón y Museo Social Argentino. Desde 2006 se desempeñó como profesora invitada en la cátedra de Antropología filosófica de la carrera de Filosofía en la Universidad Católica Argentina. Fue contratada como investigadora por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y participó en varios proyectos de esta institución. Los Archivos Husserl de Colonia, Friburgo, París y Nueva York han contado con su asidua presencia. Ocho libros de filosofía y cinco obras literarias (tres del género cuento, y dos del género novela) se unen a artículos en alemán, inglés y castellano publicados en revistas y series de Europa, Estados Unidos y Latinoamérica. En su labor de traductora se destaca la ardua tarea de verter *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* de Edmund Husserl, una de las obras filosóficas fundamentales del pasado siglo. La Dra. Iribarne ha sido Miembro del Consejo Asesor o de Redacción de varias publicaciones periódicas de filosofía, entre ella *Investigaciones fenomenológicas*, de la Sociedad Española de Fenomenología. Ha sido vicepresidente de la Asociación Argentina de Investigaciones Éticas, y fue miembro del Círculo Latinoamericano de Fenomenología, de la Sociedad Alemana para la Investigación Fenomenológica y de la Sociedad Internacional para Filosofía y Psicoterapia.

Su primera obra es *La libertad en Kant* (Buenos Aires, 1981). De ella dijo Eugenio Pucciarelli en una nota preliminar: “No es solo exégesis sino compromiso con el problema mismo, que es de todos los hombres sin consideración a los términos en que se manifiesta en distintas épocas y lugares. Su actitud es, por lo tanto, genuinamente filosófica”. En la obra la autora

muestra como una innovadora gnoseología abre el camino hacia una no menos innovadora metafísica que busca y explicita lo incondicionado en el uso práctico de la razón. Al señalar la razón como naturante o constituyente, se comienza a indicar su contenido positivo y a mostrar su identificación con la libertad. Este camino conduce a la demostración de la realidad de la libertad a través del ejercicio de una voluntad identificable con el querer racional. El ejercicio de la autonomía en el orden moral señala al hombre como sede de un orden inteligible en la medida en que tal autonomía es inconcebible en el mundo sensible. Se trata de un problema que ha de recorrer toda la obra ulterior enriqueciéndose con nuevas perspectivas.

El segundo tema capital en la reflexión de Julia Iribarne es la intersubjetividad. La cuestión es desarrollada en el libro *La intersubjetividad en Edmund Husserl*, que se compone de dos volúmenes publicados en Buenos Aires en 1987 y 1988. Es su tesis de doctorado, realizada bajo la dirección de Eugenio Pucciarelli. Esta obra sirve como base para la ulterior publicación, por una prestigiosa editorial alemana dedicada a temas fenomenológicos, de *Husserls Theorie der Intersubjektivität* (Freiburg im Breisgau, 1994). En estos escritos se nos presenta una visión exhaustiva del problema del otro en las múltiples facetas desplegadas por el filósofo con una segura comprensión de la trabazón profunda y la íntima coherencia de los temas. De ese modo, a través de la cohesión y solidaridad de sus partes componentes, se pone de relieve el carácter unitario de la teoría husserliana y el sentido de la afirmación “llevo a los otros en mí” en cuanto en ella se manifiesta el pensamiento que vivifica al todo. El mérito de esta obra es haber puesto de relieve el gran giro efectuado por el pensamiento de Husserl, esto es, la localización de la intersubjetividad en el ámbito trascendental.

Libertad e intersubjetividad convergen en la ética como tercera cuestión capital que asoma en el centro de *Edmund Husserl. La fenomenología como monadología* (Bueno Aires, 2002). Esta obra no solo es central para este nuevo tema sino que nos proporciona la clave en torno de la cual gira el tratamiento de los restantes problemas que consideramos. La razón de ello es que contiene un análisis de los aspectos esenciales del pensamiento de Husserl.

Ocupa un lugar destacado el examen de la naturaleza teleológica de la ética en tanto se orienta a la constitución de una comunidad universal, de la cual, por derecho, ninguna subjetividad, por ser racional, puede ser excluida. El aporte original de Julia Iribarne es su propuesta de fundamentación de una ética trascendental a partir de la igualdad como el sentido propio de las operaciones trascendentales que hacen posible la experiencia del otro. También ha llevado a cabo la aplicación de la ética trascendental al ámbito mundano en el caso de su violación en todas las formas de violencia y en las guerras. Así su mirada se dirige a la sociedad en un esfuerzo por tomar conciencia de sus problemas y resolverlos.

Un punto importante es el señalamiento de los nexos con Leibniz: el arduo camino transitado por Husserl durante treinta años para abrir con derecho la ventana de las mónadas; la común referencia de las mónadas al mundo, que, para Husserl, adquiere el carácter de una constitución por parte de la subjetividad trascendental; y el reconocimiento del movimiento común de las mónadas hacia el telos que las orienta de acuerdo con la concepción leibniziana de una república de espíritus. Julia Iribarne se detiene en el análisis de aspectos esenciales como la síntesis pasiva, los instintos y la comunidad del amor, es decir, los problemas a los cuales Husserl dedicó su atención una vez que efectuó el giro hacia la fenomenología genética. Insiste en que el carácter novedoso de la fenomenología trascendental husserliana respecto de otras filosofías trascendentales reside en su concepción de instintos trascendentales capaces de instituir un sistema de apercepción del mundo y fundar el vínculo intersubjetivo. Analiza el funcionamiento de la síntesis pasiva como condición de posibilidad del surgimiento de la identidad personal, y, al examinar la ipseidad en relación con la memoria y el olvido, compara la concepción husserliana con modalidades del recuerdo distinguidas por Proust y Bergson, y pone de relieve que la identidad es una tarea en la que se han de construir habitualidades que puedan integrarse de un modo armonioso en el todo de las mónadas. Se trata de un horizonte que regula el ejercicio de la libertad. Y no es ajeno al tratamiento de la monadología la consideración de la compleja cuestión de las relaciones entre teoría y praxis y dentro de una concepción de la

razón que insiste en afirmar su unidad a través de las vertientes en que se manifiesta.

Asuntos capitales de la monadología son la comunidad ética y la idea-Dios. Su tratamiento contribuye a aclarar las implicaciones de la filosofía práctica husserliana. En lo que concierne a la ética, el primer tema tratado es el de la libertad en sus manifestaciones, alcances y límites. Se procura mostrar cómo desemboca en la interrelación creatividad-auténtica humanidad y en la afirmación de que solo se ejerce una libertad verdadera en tanto miembro de una comunidad que aspira a ser la comunidad de todos los hombres. Luego ocupa un lugar destacado el examen de la naturaleza teleológica de la ética en tanto se orienta a la constitución de una comunidad universal, de la cual, por derecho, ninguna subjetividad puede ser excluida. A su vez, la teleología proporciona el marco para el análisis de un conjunto de problemas: valor, la persona moral, la legalidad de los actos, el despertar hacia la responsabilidad y el papel que cumple el estado en un proceso que, de hecho, tropieza con obstáculos y dificultades. Es tratada con un amplio desarrollo la exigencia ética husserliana que compromete a cada persona con la comunidad de las mónadas a través de la articulación en subjetividades de segundo orden que a la vez respeten las singularidades y sean el vehículo de una mutua manifestación de los anhelos más elevados del hombre. Al analizar la cuestión de Dios, Julia Iribarne se ocupa primero del modo en que el universo monádico se encuentra teleológicamente orientado hacia y por la divinidad como principio inmanente de perfección. Y luego en relación con la fenomenología más reciente, subraya la gran importancia que adquiere para Husserl una filosofía segunda o metafísica preocupada por la facticidad y el acceso a lo divino. Recordando que la fenomenología no es una doctrina sino un movimiento, estima que los desarrollos ulteriores, como los de M. Henry, J.-L. Marion y J.-L. Chrétien, se encuentran en una dirección que había sido vislumbrada y alentada por Husserl.

Otros temas contribuyen a un mejor esclarecimiento de la monadología. Uno es el de la organización perceptiva. Sobre la base de un examen del instinto como fundamento de la génesis trascendental, y de su influencia en la articulación del campo de experiencia, se ofrece una descripción fenomenológica

del comportamiento del niño autista a fin de mostrar cómo queda perturbado, pero sin llegar a desaparecer, el proceso de adquisición de habitualidades. Es la experiencia ya sedimentada la que en todo caso posibilita la promoción de habitualidades nuevas con el consiguiente enriquecimiento del mundo. Otro tema es el de los sueños, que motiva el examen de las sucintas referencias de Husserl al problema y de las concepciones de sus discípulos J. Hering y T. Conrad a la luz de la reconsideración de H. R. Sepp. El análisis se extiende a los caracteres del sujeto de los sueños, la naturaleza de la presentificación, y la aplicación de la doble reducción, y tiene en cuenta contribuciones de J.-P. Sartre y L. Binswanger.

Una ética consciente de sus implicaciones debe conducir a otro tema capital: la metafísica. En *De la ética a la metafísica* (Bogotá, 2007), el esfuerzo se encamina a desarrollar una antropología trascendental destinada a mostrar cómo desde un experienciar, estimar y querer elemental, instintivo y no-objetivante, el ser humano se eleva a una concepción crítica del conocimiento, del valor y de la acción. A partir de la autorreflexión, el sujeto se comprende en la más radical capacidad de autorresponsabilidad, y culmina en el amor al prójimo como un valor absolutamente obligatorio e incomparable con valores objetivos. La autora nos muestra cómo en el pensamiento de Husserl se hace manifiesta una intención renovadora que no se despliega solo en la ciencia sino en la transformación de la vida misma. La subjetividad trascendental, con su arraigo en el ser humano real, su carácter histórico, su fundamento teleológico y su proyección infinita tiene un carácter metafísico que otorga un sentido totalizador a la finitud humana. En razón de su proyección infinita, el universo intersubjetivo se encuentra teleológicamente orientado hacia y por Dios como principio de perfección. La obra culmina en dos sugerentes meditaciones. Una hace converger, a pesar de las diferencias, enfoques de Husserl con los de Teilhard de Chardin a través de los temas de la teleología, la génesis, el amor y lo absoluto. Otra lleva el título “Éticamente habita el hombre” en que un tema que tiene sus raíces en Heidegger se enlaza con pensamientos de Husserl. Estar en el horizonte práctico de acuerdo con lo ya señalado, es decir, actuando siempre de modo que se realice lo más correcto y lo más justo

dentro de lo posible, y ejercer el vínculo intersubjetivo en la disposición del amor, es habitar éticamente el mundo. La empresa es posible como lo muestra la historia a través de personalidades como la Madre Teresa o el Abate Pierre y tantas otras mujeres y hombres anónimos, pero exige una adecuada pedagogía y política ética para ser efectivizada.

Otra cuestión capital es la relación entre filosofía y literatura, que emerge en muchos trabajos, ilumina los problemas anteriores, y alcanza una expresión acabada en *Fenomenología y literatura* (Bogotá, 2005). Centrales en esta obra son los problemas de la esperanza, el sueño y la libertad. La esperanza es comprendida bajo la doble figura del don porque no es el resultado de la propia voluntad ni de un mandato ajeno, y de la entrega porque ilumina el futuro de tal modo que el porvenir así intencionado refluye sobre el presente. La meditación se inicia con una referencia borgeseana a los malos tiempos en que le toca vivir a cada hombre, se despliega de acuerdo con la tesis de Marcel según la cual la esperanza solo es posible en un mundo en que hay lugar para el milagro, y culmina en el fino análisis de tres ilustraciones metafóricas por el cine en torno de lo diferente de la esperanza, lo contrario a ella y finalmente su sustancia misma. La reflexión sobre el sueño nos proporciona una esclarecedora clasificación de sus manifestaciones junto con una visión histórica que parte de Heráclito y Platón, se detiene en los aportes de la psicología profunda y la psiquiatría fenomenológica de Binswanger, y culmina en la lectura de María Zambrano. El análisis de la libertad se centra en la exégesis un texto literario de Sartre dentro del contexto que ofrecía en Francia la reflexión filosófica de Merleau-Ponty, Camus y el mismo Sartre. La obra se cierra con dos estudios sobre Borges. El primero, importantísimo, realiza un fascinante desvelamiento de temas fenomenológicos relacionados con la constitución del mundo, el fluir temporal, el otro que me fija como un espejo en la exterioridad, y la instalación de una identidad diferente a través de nuevas habitualidades. El segundo estudio expone la narrativa de Borges sobre las diferentes formas de morir, los variados sentimientos que la muerte le suscita, y las inevitables cuestiones de la eternidad y la inmortalidad. En el logrado intento de convertirse en un eco filosófico del pensar poético de

Borges, la autora se detiene sobre todo en aquellas expresiones literarias que contribuyen a una descripción más clara y precisa de los fenómenos.

Por último, la imbricación de los temas de la esperanza, la finitud y la muerte es un aspecto central del libro *En torno del sentido de la vida. Ensayos fenomenológico-existenciales* (Morelia, 2012). Me detengo en esta obra por ser la última y por la significación existencial de las cuestiones tratadas. Tres temas –la finitud, la muerte y la esperanza– junto a dos figuras –Edmund Husserl y Jorge Luis Borges– atraviesan de modo privilegiado la obra y, con esta presencia, le confieren su peculiar y distintivo talante sin que el primer plano que ocupan sea excluyente. Los análisis filosóficos comprenden otras múltiples cuestiones y se enriquecen con referencias a la literatura y con alusiones a textos religiosos de la antigua Mesopotamia y de Egipto, del hinduismo y del budismo, y de la tradición judeo-cristiana. Ejemplos extraídos de la cinematografía no son ajenos a esta variada ilustración de rasgos característicos de la vida humana. A la reflexión sobre estos temas y figuras “subyace”, como declara la autora en la “Introducción” (p. 14), en una estrecha imbricación, el problema del sentido de la vida. A través de esta meditación asistimos a un bello y esclarecedor análisis de la existencia humana, con referencias a variadísimas formas y situaciones en que ella puede ser vivida. Es un libro sobre nuestra vida, y cada uno de nosotros podrá sentirse involucrado en la diáfana descripción de sus pulsaciones, de sus incertidumbres y riesgos, de las oportunidades para conferirle o encontrar su sentido, y, por tanto, de vivir con posibles certezas salvadoras.

El fundador de la fenomenología está presente en un análisis del tiempo que gira en torno del pasado asumido como herencia, del presente vivido en la vigilia del *kairós*, y del futuro anticipado como apertura creativa. La autora pone un énfasis especial en lo imaginario en vista de la renovación y en nuestra cualidad irrepetible, designada por Husserl con la palabra *Einmaligkeit*, de personas que viven una sola. Y destaca el análisis de la mortalidad del ser humano y la inmortalidad del sujeto trascendental, la aspiración a la felicidad y la lucha contra el destino que se opone, y la creencia en el sentido de un Todo de la vida que permite dar un sentido a

la vida propia. Por su parte, Borges es valorado por su comprensión piadosa de los hombres, la obsesión por el destino, la incertidumbre respecto de la identidad personal, el modo conjetural de aproximarnos a las cosas, y el tratamiento de Dios en forma de conjetura o sospecha. Temas procedentes de una y otra figura inspiradora son puestos en paralelo en una lectura fenomenológica de textos literarios: la constitución husserliana con la acción recíproca en que el sujeto configura un mundo que revierte sobre él, la estructura temporal de la conciencia con la clara idea del fluir temporal inspirada en Heráclito, la vuelta reflexiva sobre el curso de la conciencia con el tema del espejo y el doble en la cuestión de la identidad personal, y la sedimentación de las habitualidades con la instalación de actitudes en los personajes.

La finitud es el tema de un examen que se centra en el modo en que la experiencia de los límites refluye sobre la vida. El fenómeno se da porque no somos meramente finitos como las plantas y los animales, sino que tomamos conciencia de esa finitud. La cuestión es analizada a la luz del tema de la existencia vuelta hacia la muerte según Martin Heidegger, y se recuerda que Jean-Paul Sartre pone de relieve otros modos de la finitud bajo el nombre de “facticidad”. Se trata de aquello que no podemos modificar ni suprimir: nuestra corporalidad, el pasado que tiene la solidez de lo definitivo a nuestras espaldas, y la libertad, es decir, la imposibilidad de dejar de elegir de modo permanente nuestro ser. Queda consignado también el análisis de Eugen Fink sobre los fenómenos fundamentales de la existencia en que aflora la finitud como la muerte, el amor, la lucha, el trabajo y el juego, y se añaden a esta lista los fenómenos del conocimiento y la comunicación, con la observación de que la enumeración podría extenderse. No es difícil señalar los límites del conocimiento, y se nos remite a lo dicho por Albert Einstein: “Quien intenta a parecer como una autoridad en el terreno de la voluntad y del conocimiento se pone en ridículo ante los dioses”. Asimismo, la comunicación es limitada. Nuestros mensajes están sujetos al horizonte de sentido del otro que solo asegura una recepción parcial de lo que comunicamos. También lo es la comunicación consigo mismo en la medida en que el acceso a la fuente de nuestras convicciones y nuestros actos s mantiene inconsciente.



Julia Iribarne subraya que el *Eclesiastés* ya expresa la mirada desconsolada del ser humano frente a los avatares de la vida, y plantea la cuestión a través de dos respuestas paradigmáticas: la vida como un cuento narrado por un idiota, y la vida como una oportunidad para hacer cosas buenas. Afirma al respecto: “Aquí está implícito el doble sentido de la finitud: por una parte, la vida es *esta* vez, un día termina y, por otra parte, nadie puede vivir mi vida por mí. Mi vida es la mía. En esta cuestión no hay duplicados” (p. 144).

El tratamiento de la esperanza se centra en determinar si tiene o no sentido vivir en actitud esperanzada. La autora se ocupa de deslindar esta actitud frente a otras. Particular atención recibe el contraste con la desesperanza y lo que diferencia a esta de la desesperación, es decir, del estado emocional de quien se siente acorralado por determinadas circunstancias como la pérdida del ser querido o un fracaso profesional. El desesperado reacciona ante esas situaciones, y puede haber desmesura en su respuesta. En la desesperanza, por el contrario, no se actúa y desaparece toda referencia al futuro. El mundo ya no convoca, y por eso el sujeto se segrega del entorno que deja de exhibir contornos definidos. Personas y objetos se tornan indiferentes porque desaparecen los signos vitales que comprometen con ellos. Ya no se procura el cumplimiento de proyectos porque no se pretende tener injerencia en el curso de los acontecimientos. Ante la desesperanza, la esperanza nace cuando surge en las circunstancias un elemento nuevo que permite acceder a la actitud esperanzada y que no procede la propia voluntad. Asimismo, se ha de trazar una diferencia entre la esperanza y el deseo a pesar de que comparten el carácter positivo de estar enderezados a una realización. El objeto del deseo está bien definido y compromete el ejercicio de nuestra voluntad. En cambio, la esperanza impone el reconocimiento de nuestros límites en el sentido de que no podemos dominar todos los factores implicados en la realización. Se asocia con una radical humildad y una confianza básica porque está rodeada de incertidumbres y de mediaciones que pueden ser ignoradas. Por eso la esperanza puede ser loca en el sentido de esperar contra toda esperanza.

Es posible distinguir una dimensión mundana y una dimensión trascendente de la esperanza. En el primer caso se trata de un enfoque del futuro en que los signos negativos del mundo se transforman en favorables. Esta forma de esperanza puede tener un variado alcance. La proyección menor concierne al ámbito en que se desarrollan nuestras acciones y a las posibilidades restringidas que tenemos si queremos modificar la situación. Asumimos nuestras limitaciones, y nos disponemos con confianza a mejorar las cosas. Sabemos que hay cursos de acontecimientos que nos desbordan, y esto nos lleva a reflexionar sobre la mejor orientación que podemos dar a nuestra existencia y sobre la meta a la que debe tender. Esta dirección futura incluye el con-vivir, y el alcance más abarcador se refiere a la realización de un mundo en paz en que se reconoce universalmente la dignidad humana. La convivencia en la vida comunitaria tiene un valor propio, y genera, a partir de sus propias posibilidades, la esperanza de que las generaciones futuras vivan en un mundo mejor. Mientras que en la dimensión mundana subyace una esperanza en el devenir futuro de la humanidad, en la dimensión de la trascendencia se atisba la incidencia de un sentido mayor que confiere perdurabilidad a nuestros más elevados afanes cotidianos. Frente a la comprobación de que dejaremos de participar algún día en la trama de la vida, se aguarda alguna forma de supervivencia luego de la muerte. Cuando no se concibe un alma inmortal, se encuentra el rescate de la memoria como una función suplementaria que introduce una cierta inmortalidad. Si prevalece la idea de un triunfo sobre la muerte, emergen diversas modalidades de creencia en la supervivencia, que se pueden distinguir de acuerdo con el análisis proporcionado por Carl Jung.

Julia Iribarne consideraba que el rasgo común de los seres humanos es la capacidad trascendental constitutiva que les permite organizar la experiencia mediante sentidos y configurar mundos. La diferencia entre ellos reside en los productos constituidos por esta capacidad común, y encuentra una significativa ilustración en el contraste entre agnosticismo y gnosticismo respecto del tema que nos ocupa. No se trata de una diferencia inter-cultural sino de una diferencia intra-cultural que responde la presencia universal de dos tipos de

seres humanos: el escéptico con su posición no-afirmativa y el hombre de fe con su actitud afirmativa. La esperanza escatológica o esperanza de un no-fin es un don porque no resulta de la propia voluntad ni responde a órdenes ajenas. No se puede ordenar la esperanza como no se puede ordenar el amor o la fe. Siguiendo a Gabriel Marcel, se han de añadir otros dos caracteres esenciales de la esperanza: una condición profética porque implica una referencia a lo que deberá ser; y una condición salvadora que remite a una misteriosa eficacia que está en las antípodas de la eficacia de las armas. Además, Julia Iribarne incluye un análisis de las posiciones de Max Scheler y Miguel de Unamuno: “La filosofía, por su parte, – afirma – considera la cuestión como metafísica y aunque no logre dar respuestas definitivas tiene el derecho a sostener el tema en forma de preguntas” (p. 161).

La muerte es el paradigma de la finitud, y es posible detenerse en algunas experiencias que se relacionan con ella. Estamos sometidos a una pérdida de energía vital, y sentirse abandonados de esta manera permite aproximarse al sentimiento de la muerte. Si la vitalidad cae por debajo de un cierto nivel como puede suceder en la enfermedad, tenemos la experiencia de lo fácil que resulta la desaparición del resto de vitalidad. Es la experiencia de un deslizamiento hacia la muerte que se siente como una entrega al cansancio y una expectativa de alivio. Estados de ánimo como la desesperación, la tristeza o la enfermedad posibilitan la experiencia de una relación amistosa de aceptación con la muerte. Otra experiencia que puede desvelar el sentimiento de la muerte es la experiencia de no ser amado por nadie ni de ser necesario para nadie. Estamos en una situación sin signos positivos ni negativos, es decir, en una monotonía en la que se disuelven todos los afectos. Además, nuestra experiencia de la muerte se relaciona con la muerte del otro, que significa el aniquilamiento de toda expectativa anticipante de su presencia. Por tanto, si bien la experiencia originaria efectiva de la muerte es imposible, contamos con otras que convergen en una pseudoinstitución originaria de ella. La conclusión es que el ser humano maduro y experimentado puede reconciliarse con la idea de su muerte ya que vivir en paz con la muerte que hemos aceptado es la manera humana de morir. La condición de

posibilidad para vivir la propia muerte como muerte realmente humana reside en la comprensión de que todas las edades tienen su propia clave, en saber buscar en cada edad la clave que les es propia, y en vivir con plena confianza cada momento de la vida: “Vivir es llevar a cabo una tarea, dar respuesta a un llamado; habiéndola llevado a cabo, querríamos partir hacia algo diferente y no seguir viviendo interminablemente del mismo modo o empezar de nuevo” (p. 158).

Aquí me cabe citar un pasaje del hermoso texto de nuestro común maestro Husserl, “El valor de la vida”, en la traducción que hizo Julia Iribarne se publicó en *Acta fenomenológica latinoamericana*: “Sé empíricamente que moriré, que mi trabajo y producción personal tendrán un fin, mi dicha personal, si proviene del éxito, es un hecho pasajero. Pero me consuelo con facilidad, si soy amante de los seres humanos, con la idea de que mi obrar es eslabón de una cadena del obrar, que mediante la cadena de las generaciones avanza en el marco de la infinita realidad del mundo y que su bien favorece a otros, y que por su intermedio mejorada, elevada, ampliada, a su vez favorece a las generaciones venideras”.